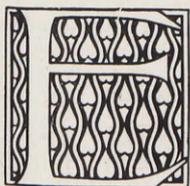


DISCURSO DE CONTESTACION

POR EL ACADÉMICO ARQUITECTO

D. FRANCISCO MORA BERENGUER

SEÑORES ACADÉMICOS:



En este solemne acto, dedicado a posesionar del cargo de académico al arquitecto D. Angel Romaní Verdeguer, cúmpleme el inmerecido honor de darle la bienvenida.

Acepté tal misión, que me confió el Excmo. Sr. Presidente de esta Academia, contando con vuestra benevolencia, de la que tanto he de menester; pero tengo por seguro que vuestras esperanzas han de quedar defraudadas, pues mis escasas dotes oratorias no me permiten esbozar un discurso que acierte a expresar cuanto debo decir ante vosotros, varones esclarecidos e ilustres Académicos.

Procuraré ser breve para menos molestaros.

Antes de la presentación del recipiendario séame permitido expresar cuánto deplora mi corazón la ausencia de mis compañeros Rodríguez y Carbonell, prematuramente arrebatados por la muerte, cuya memoria, con sentidas y justas frases, acaba de honrar el Sr. Romaní.

Y en esa evocación, tan dolorosa, he de incluir otros Académicos, ya que el tiempo no ha podido extinguir el sentimiento que su recuerdo cariñoso me produce.

Han pasado cuatro lustros desde que ingresé en esta Academia. Vine conmovido por la alta merced que me otorgabais; pero, ocupando la vacante de mi inolvidable y querido compañero Alfaro, el dolor de mi alma nubló la dicha que experimentaba.

Aviva el recuerdo de la emoción de aquel momento la presente solemnidad; aun queda impresa en mí la memoria del Presidente D. Juan Dorda, ciudadano austero, honorable y culto, a quien tanto debe esta Casa solariega. Y, tras aquella Presidencia, D. Antonio Martorell vino a ocuparla y también a enaltecerla. Arquitecto eminente y laborioso, que llegó por sus propios méritos a los más elevados puestos de la profesión, y en quien hallé siempre el apoyo y el valioso consejo, que a sus bondades demandaba.

Pero el dolor, por los que ya no existen, halla lenitivo y consuelo en la presencia del Excmo. Sr. D. José Benlliure, actual Presidente de la Academia, por sus muchos títulos y sobrados merecimientos; pintor eminente, que idealiza cuanto traslada al lienzo su lozano pincel y en fecunda inspiración; patriarca de estirpe gloriosa de ar-

tistas valencianos y ciudadano ejemplar, cuya venerable y apuesta figura no abaten las penas, los años, ni el peso de los muchos laureles que ciñen su frente.

¡Con cuánta admiración y contento nos unimos al homenaje, tan espontáneo como unánime, que el pueblo valenciano le rindió días pasados!

Ahora hablemos del nuevo académico.

* * *

Don Angel Romaní Verdeguer nació en Villanueva del Grao (Valencia) el año 1892. Pertenece a una honorable familia valenciana; su abuelo, ilustre prócer, D. Juan Verdeguer, deseó ardientemente tener un hijo arquitecto, ilusión que no pudo conseguir; pero su nieto, con gran aprovechamiento, obtiene en la Escuela Superior de Arquitectura, de Barcelona, en 1919, el honroso título.

Después de residir una temporada en París, para ampliar sus conocimientos, regresa a Valencia, dedicándose al ejercicio de la profesión, y en 1921 es nombrado Arquitecto Municipal de la muy heroica ciudad de Sagunto, y, en 1922, de este excelentísimo Ayuntamiento de Valencia, cargos que desempeña actualmente con indiscutible acierto y probidad.

Entre los muchos trabajos que llevó a cabo merece citarse la difícil inspección de las obras de nuestro Mercado Central.

Ha proyectado y dirigido, con evidente acierto, gran número de edificios, que no reseño por no fatigaros; en sus obras se echa de ver un gran conocimiento del programa de necesidades y un equilibrado estudio de la técnica y del arte, con matices de un depurado gusto estético, sin rebasar los límites económicos, en que se encaja el desarrollo de la construcción.

Es Académico correspondiente de la de Bellas Artes de San Fernando.

Pero con ser eso mucho, no es aún todo, porque es Romaní un caballero de intachable corrección y un excelente compañero, que hace un culto de la profesión que ejercita con cariño, y ello justifica el acierto de la Academia al acogerle en su seno, porque aquí, señores, tanto como cultura, arte y tecnicismo, importa también, y mucho, nobleza de alma y limpio proceder, cualidades que, al equilibrarse en una misma persona, constituyen la más grande ejecutoria para ostentar dignamente la medalla de Académico.

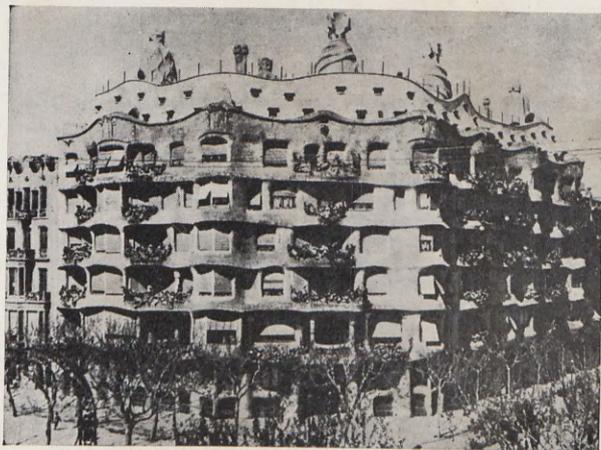
Por eso viene Romaní a esta Casa, por el llamamiento y ruego de los arquitectos y el asentimiento unánime de la Academia, y entra sin golpear con la aldaba de la impaciencia la puerta que, de par en par, abierta se halla en esta solemnidad para ser recibido por el claustro de esta insigne Corporación, que tanto espera de la juventud, de la bondad y de la cultura del recipiendario.

* * *

El notable discurso que nos acaba de leer Romaní pone de relieve su clarividencia para abarcar y exponer con elegancia el problema de la austeridad en la Arquitectura moderna.

Nada cabe añadir a los conceptos emitidos de una oportunidad manifiesta; mas voy a permitirme decir algo, muy poco, pues no quiero distraer la impresión grata que nos ha producido. Me circunscribiré a la Arquitectura contemporánea, a la modernísima de nuestros días y sólo a una rama del ancho campo de la función arquitectural: la casa-habitación.

Recientemente, por la visión directa de las ciudades más importantes de la Europa Central, he podido admirar, dentro de esa Arquitectura avanzada, edificios magníficos, con el mejor arte concebidos y con el mayor tecnicismo realizados, que no evocan ciertamente las formas tradicionales. Parecen la aurora de un Arte que nace, pero no resurge; obras maestras de artistas contemporáneos, en esa evolución constante que pone muy alto el prestigio profesional. Como obedeciendo a un universal consigna obsérvase una tendencia hacia la máxima simplicidad en su expresión externa, acogiéndose al principio de que la sencillez es camino de la belleza. El adorno de las fachadas, en auge no ha mucho, ahora cae en desuso, afortunadamente, mejorando el aspecto estético. Aun cuando hayamos de lamentar la ausencia de elementos decorativos, que de colocarlos manos conscientes nos hubieran deleitado, en cambio se ha barrido toda la hojarasca con que hasta hace poco con escaso sentido del Arte se exornaba profusamente. Conviengamos que con lo perdido hemos ganado; siempre la razón concluye por tener razón.



1.—Palacio Milá (Barcelona).

De antiguo, todos lo sabéis, ya se recomendaba la supresión de lo superfluo, así como vigorizar lo necesario y expresivo, y por eso hoy, al suprimir todo lo que se consideran frivolidades, como dice Romani, se ha podido llegar, con una simplicidad encantadora, con la ponderación de huecos y macizos, el movimiento de cuerpos, algún elemento de valor positivo en adecuado sitio y casi ningún adorno, a conseguir edificios de mérito artístico que revelan un prudente lápiz al servicio de una gran inspiración.

No ha sido en absoluto factor principal de esa supresión la economía, pues dentro de la casa se emplean costosos materiales, sin omitir cuanto el confort y el lujo más refinado exigen. Aquella costumbre tan arraigada de gastar en apariencia externa tanto como se escatimaba en el interior, felizmente ha pasado de moda, valga la frase. Hoy se han trocado los papeles.

Merced a esa difícil facilidad han conseguido los grandes artistas de nuestros días esmaltar las ciudades con verdaderas joyas arquitectónicas que, acomodándose a las necesidades de estos tiempos, tienen una fisonomía que es un género de belleza. Pero, por desgracia, son aún muchas las obras en que los autores han preferido tomar lo fácil por no vencer lo difícil.

Cuando los que proyectan —no me refiero a los Arquitectos— desconocen la tradición artística, y que hay en el arte una eterna verdad a través de sus formas pasajeras; cuando desdeñan los eternos consejos de la estética y no quieren ver en ciertas obras que quien suprimió adornos sabía colocarlos; cuando creen que esa Arquitectura de hoy, por parecer que no tiene nada, está al alcance de todos, se llega a la producción en serie, propia de la industria, a vulgares plagios y a la degeneración

del Arte, vicio que, de prodigarse, podría la gente inculta creer que constituyen el arquetipo de la casa del porvenir, apreciación errónea que causaría daños a la Arquitectura y al Arte en general.

Después de hablaros de la sencillez de expresión os diré dos palabras de los alardes constructivos de que algunas obras hacen gala, de la técnica extraviada, como acertadamente la califica el recipiendario.

Salpican el solar de las más hermosas ciudades toriedad; atrevidas estructuras con materiales de efecto hasta hoy desconocidos que, efectivamente, producen alguna novedad, viéndose cómo, al parecer, pretenden burlar la más elemental estabilidad. Se alardea de enflaquecer los elementos esenciales, debilitando su cuerpo con ocultas presiones y tirones forzados, consiguiendo construcciones que parece se sostienen en el aire o sólo con un pie, que condenan a sentir el pasmo por lo inaudito y peligroso, o continua zozobra, produciendo una inquietud de espíritu que impide el reposo obligado para percibir la sensación de belleza.



2. —Gimnasio Hradec Králove.

Yo, que soy admirador y hasta indulgente, en casos, con la tendencia moderna, por atrevida que sea, que no puede ser estrecha, ni exclusiva, ni estacionada, y que convengo en que, la Arquitectura, para avanzar, es preciso que salga de la vía recorrida, no puedo menos de lamentar que, por afán de novedad, se exageren esas construcciones, en las que la expresión artística queda absorbida por el problema técnico.

Podrán ser hasta una atracción para el turismo, pero no siempre figurarán en el índice de las obras equilibradas y serenas, y, lo que es peor, su repetición sistemática y monótona parece causar fatiga y aun daño en el espíritu gentilicio.

A pesar de que reconozco que la Arquitectura moderna produce obras admirables, siento también la pesadumbre al ver el Arte calumniado por la ignorancia.

Se abdica del más noble de los derechos del espíritu, que es rendirse cuenta de la razón de las cosas, y por eso hay intrusos, sin preparación, que se atreven con las obras de arte, sin saber cómo a ellas se llega, ni lo que es la esencia y virtud de la Arquitectura, gentes poco escrupulosas, que con igual atrevimiento dirían una Misa alquilando una casulla. Antes, tal osadía era menos frecuente, porque si se atrevían luchaban con las proporciones y los elementos arquitectónicos, en titánico esfuerzo con lo desconocido, que, al fin, les obligaba, muchas veces, a rendirse a la evidencia.

Por desgracia ya son un ejército los cultivadores del plagio; operan casi impunemente en complicidad con quien, da vergüenza decirlo, les ampara sin escrúpulo, y así, la Arquitectura, manoseada sin respeto, conciencia ni austeridad, ¿a dónde va a parar?

Hoy que creen muchos, porque así les conviene a sus fines para encubrir su ignorancia, que nada hay que componer, que todo es factible y que todo puede suprimirse,

como todo colocarse, aunque sea barajado y contrario a la razón y a la estética; hoy, como digo, en que es tan fácil copiar o remendar elementos sin pararse a justificar su empleo, es peligroso para el Arte, para la cultura y para la estética de las urbes esa explotación que algunos hacen de la Arquitectura.

De todos modos no hay que apenarse grandemente, porque las obras intrusas de la Arquitectura podrán ser contadas por unos cuantos, pero sin eco en el espíritu de las colectividades que lleva innato el sentimiento de lo bello, quedarán en olvido al pasar de los años y sólo flotará lo útil, verdadero y bello que integra la obra arquitectónica, que perdurará, y con las cuales, aun diseminadas por el mundo, se irá formando la Arquitectura del porvenir.

Seamos de nuestro tiempo, hemos de evolucionar, no hay más remedio.

¡Honor a los que no desesperan de inventar una Arquitectura! ¡Anatema para los que emplean pobremente el pensamiento en la imitación servil de las obras de Arte!

La Arquitectura, aunque no es Arte de moda, ha de reflejar, en todo momento, las costumbres, los gustos y hasta caprichos de las gentes, así como los progresos de toda clase; de ahí el mérito del Arquitecto que, sin desconocer esto ni olvidar lo que debe a su título, ha de procurar siempre que las obras tengan expresión artística adecuada, por sintética que sea, única manera de ir con paso lento, pero seguro, construyendo la Arquitectura del día de mañana, aunque ese día sea, como en los períodos bíblicos, cuestión de siglos.

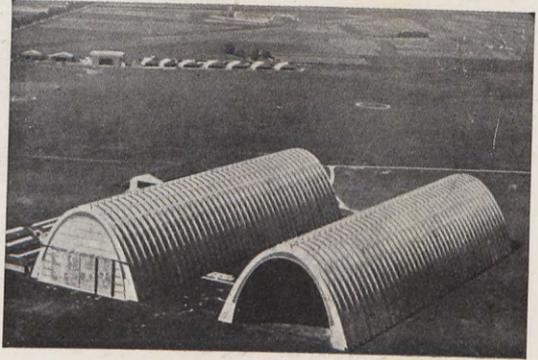
A los Arquitectos corresponde encauzar las ideas y practicarlas con abnegación, contribuyendo al mejoramiento cultural con los centros de enseñanza y, sobre todo, las Academias de Bellas Artes, en particular la nuestra de San Carlos, de tan indiscutible autoridad.

Conocemos las maravillas de la antigüedad, las obras maestras de la Edad Media, en una palabra, la Arquitectura de ayer que admiro y respeto. No sabemos mañana cuál será su carácter. Hoy es sólo un modo de expresión; un momento en la Arquitectura que durante siglos han de forjar los arquitectos, utilizando el concurso de la ciencia y el espíritu y cultura de las civilizaciones.

Del estado interior del hombre depende el estado visible de la sociedad, como ésta ejerce una acción legítima sobre el Arte y el Arte sobre los sentimientos de los hombres. Por eso consideramos la Arquitectura como un espejo que refleja los hombres y la sociedad contemporánea.

Toda forma política o social contraria al Arte es una forma inferior, inculta, deleznable; tiende a desarrollar lo *feo*, que es rayo tenebroso del error, tanto como lo bello es el esplendor de la verdad y del bien; es como la columna de fuego en medio de las tinieblas que guiaba a los hebreos por el desierto y cuyo resplandor ha de iluminarnos.

En las actuales sociedades, en su régimen de gobierno y cultura, en las democra-



3.—Hangares de Orly.

cias ahora imperantes, la Arquitectura se manifiesta reflejando ese estado social del mundo, y harto hace con expresarlo como puede. Cuando mejoren los tiempos mejorará la Arquitectura.

Hace un siglo se debatía la orientación de la Arquitectura y se consagró como divisa: *respeto al pasado, libertad al presente y fe en el porvenir*. Hoy seguimos ante el mismo problema y puede ser norma también para esta generación el respeto y estudio del pasado para beber en sus fuentes; libertad, pero con responsabilidad para hacer Arte, y conciencia de nuestra misión, para tener fe en los destinos de la Arquitectura.

HE DICHO.